**ROMA, ESCRITORES Y LECTORES**

**El autor como lector**; Manguel, Alberto (2014). **Una historia de la lectura.** Buenos Aires: Siglo XXI, p. 243 y ss.



Estatuas de Plinio el Viejo (A) y Plinio el Joven (B) en la fachada del Duomo de Como (la Catedral), realizadas por Tommaso y Jacobo Rodari a fines del siglo XV. Los Plinios son dos de los personajes más insignes nacidos en esta ciudad, y por eso son las dos únicas figuras paganas que aparecen en el frente de la Catedral, uno a cada lado de la puerta principal. Durante la Contrarreforma no fueron bien aceptadas, pero la ciudad decidió conservarlas así. Imagen tomada del sitio Libero: http://digilander.libero.it/felice/Duomo.htm

Una noche, a fines del siglo i de nuestra era, Cayo Plinio Cecilio Segundo (a quien sus futuros lectores conocerían como Plinio el Joven, para distinguirlo de su erudito tío, Plinio el Viejo, que murió durante la erupción del Vesubio del año 79), salió de la casa de un amigo de Roma en un estado de justificada cólera. Apenas llegó a su estudio tomó asiento y, con el fin de ordenar sus ideas (y tal vez pensando en el volumen de correspondencia que con el tiempo llegaría a reunir y publicar), escribió una carta al abogado Claudio Restituto sobre los acontecimientos de aquella noche. “Acabo de salir indignado de una lectura en casa de un amigo mío, y tengo la necesidad de escribirte de inmediato, ya que no te lo puedo contar en persona. El texto leído era de una gran perfección en todos los sentidos, pero dos o tres personas ingeniosas —o al menos así es como se veían a sí mismos y a unos pocos más de los presentes— lo escuchaban como si fueran sordomudos. No despegaban los labios, ni movían las manos, ni siquiera estiraban las piernas para cambiar de postura. ¿Qué sentido tiene esa sobriedad en el comportamiento y tanta erudición, o, más bien, pereza y engreimiento, esa falta de tacto y sentido común, hasta el punto de pasarse el día sin hacer otra cosa que causar pesadumbre y enemistarse con la persona a quien se ha ido a escuchar en calidad de amigo muy querido?”[[1]](#footnote-1).

A nosotros nos resulta difícil, a veinte siglos de distancia, entender la consternación de Plinio. En su época, las lecturas que realizaban los autores se habían convertido en una ceremonia social de moda[[2]](#footnote-2) y, como ocurre con cualquier otra ceremonia, existía una etiqueta establecida tanto para los oyentes como para los autores. Del público se esperaba una respuesta crítica, que le sirviera al autor para mejorar el texto, y ése es el motivo por el que la inmovilidad de aquellos oyentes había irritado tanto a Plinio; él mismo ensayaba a veces el primer borrador de un discurso frente a un grupo de amigos y luego lo modificaba de acuerdo con su reacción[[3]](#footnote-3). Por otra parte, se suponía que los oyentes asistirían al acto en su totalidad, más allá de cuánto durara, para no perderse nada de la obra que se leía, y a Plinio le parecía que quienes utilizaban las lecturas como meros entretenimientos sociales eran poco más que pendencieros. “La mayoría de ellos se sientan en la sala de espera”, le comentaba furioso a otro amigo, “perdiendo el tiempo en lugar de prestar atención, y ordenan a sus criados que cada tanto les informen si ha llegado el lector, si ya ha leído la introducción, o si se acerca al final de la obra. Sólo entonces, y muy a regañadientes, se dignan a entrar. Y no se quedan mucho tiempo, sino que se marchan antes del final, algunos tratando de escabullirse sin ser notados, y otros saliendo sin ninguna vergüenza... Más alabanzas y honores se merecen aquellos cuyo amor por la escritura y la lectura en voz alta no se ve afectado por los malos modales y la arrogancia de su público”[[4]](#footnote-4).

También el autor estaba obligado a respetar ciertas reglas para que su lectura tuviera éxito, porque debía superar toda clase de obstáculos. En primer lugar, había que encontrar un espacio adecuado para la lectura. Los ricos se creían poetas, y recitaban sus obras ante un numeroso público de conocidos, en sus opulentas villas, en el auditorium, una sala construida especialmente para ese fin. Algunos de esos acomodados poetas, como Titinius Capito[[5]](#footnote-5), eran generosos y prestaban sus auditoria para que actuaran otros, pero la mayoría de aquellos recintos se reservaban al uso exclusivo de sus dueños. Una vez que sus amigos estaban reunidos en el lugar señalado, el autor debía enfrentarse a ellos desde una silla sobre un estrado, ataviado con una toga nueva y luciendo todos sus anillos y sortijas[[6]](#footnote-6). Según Plinio, esta costumbre creaba una dificultad doble para el autor, que “se encuentra en gran desventaja por el simple hecho de estar sentado, aunque sea tan talentoso como los oradores que permanecen de pie”[[7]](#footnote-7) y, además, sus “dos principales ayudas para expresarse, es decir, sus ojos y sus manos” están ocupados sujetando el texto. Sus habilidades como orador eran, por lo tanto, esenciales. Elogiando a cierto lector, Plinio comentó que “disponía de la adecuada flexibilidad para alzar o bajar el tono, y la misma destreza para pasar de los temas más elevados a los más prosaicos, de lo sencillo a lo complejo, o de lo más ligero a lo más serio. Su voz, extraordinariamente agradable, era otra ventaja, mejorada además por su modestia, su rubor y su nerviosismo, lo que siempre añade encanto a una lectura. No sé por qué, pero a un autor le sienta mejor la timidez que la seguridad”[[8]](#footnote-8).

Los que tenían dudas sobre su propia habilidad para la lectura podían recurrir a ciertas estratagemas. Al mismo Plinio, seguro de sí mismo cuando leía discursos, pero indeciso sobre su talento para leer poesía, se le ocurrió la siguiente idea para una velada en que iba a recitar sus poemas. “Estoy planeando una lectura informal para unos pocos amigos”, le escribió a Suetonio, autor de *Vidas de los doce Césares*, “y he pensado en recurrir a uno de mis esclavos. No será un gesto de cortesía hacia mis amigos, puesto que el hombre que he escogido en realidad no es buen lector, pero creo que lo hará mejor que yo, siempre que no se ponga demasiado nervioso... El problema es: ¿qué debo hacer yo mientras él lee? ¿Debo permanecer inmóvil y mudo como un espectador, o hacer como algunos y seguir sus palabras repitiéndolas en silencio con labios, ojos y gestos?” No sabemos si aquella noche Plinio realizó una de las primeras interpretaciones con play back de la historia.

Muchas de aquellas lecturas debieron de parecer interminables; Plinio asistió a una que duró tres días. (Esta lectura no parece haberle molestado, quizá porque el lector anunció a su público: “Pero, ¿qué me importan los poetas del pasado, ahora que conozco a Plinio?”[[9]](#footnote-9)) Con una duración que iba de varias horas hasta media semana, las lecturas públicas llegaron a ser prácticamente inevitables para cualquiera que quisiera ser conocido como autor. Horacio se lamentaba de que los lectores educados ya no parecían interesarse por los escritos de un poeta, sino que “transferían todo el placer a los deleites de la vista, cambiantes y vanos”[[10]](#footnote-10). Marcial terminó tan harto de que lo persiguieran poetastros ansiosos de leerle sus obras que planteó la siguiente queja:

Te pregunto, ¿quién puede soportar tanto esfuerzo?

Me lees cuando estoy de pie,

Me lees cuando estoy reposando,

Me lees cuando estoy corriendo,

Me lees cuando estoy cagando[[11]](#footnote-11).

Plinio, sin embargo, era partidario de las lecturas de autores, y veía en ellas los indicios de una nueva edad dorada para la literatura. “En abril casi no hubo un solo día sin que alguien hiciera una lectura pública”, comentó, muy complacido. “Me deleita ver cómo florece la literatura y maduran los talentos”[[12]](#footnote-12). Las generaciones posteriores no coincidieron con el veredicto de Plinio y decidieron olvidar los nombres de la mayoría de esos poetas que recitaban sus propias obras.

Pero si un escritor estaba destinado a la fama, gracias a esas lecturas públicas ya no tenía que esperar a morir para convertirse en un autor consagrado. “Las opiniones difieren”, escribió Plinio a su amigo Valerio Paulino, “pero mi idea de un hombre realmente feliz es la de alguien que disfruta por anticipado de una buena y duradera reputación y que, confiado en el veredicto de la posteridad, vive consciente de su futura fama”[[13]](#footnote-13). La fama presente era importante para él. Le encantaba que en las carreras alguien pensara que el escritor Tácito (a quien admiraba mucho) pudiera ser Plinio. “Si Demóstenes tenía derecho a alegrarse cuando la anciana de Ática lo reconoció con las palabras ‘¡Ése es Demóstenes!’, yo, sin duda, puedo estar contento de que mi nombre sea conocido. De hecho, estoy contento, y lo admito”[[14]](#footnote-14). Su obra se publicaba y se leía, incluso en un lugar tan remoto como Lugdunum (Lyon). A otro amigo le escribió: “No creía que hubiera libreros en Lugdunum, de modo que quedé todavía más complacido cuando me enteré por tu carta de que mis obras se venden. Me alegra que conserven en el extranjero la popularidad que obtuvieron en Roma, y estoy empezando a creer que mi trabajo debe ser realmente bueno, si la opinión pública en lugares tan diferentes concuerda en ello”[[15]](#footnote-15). Plinio, sin embargo, prefería mucho más los elogios de un público oyente que la muda aprobación de lectores anónimos.

Fueron varias las razones con las que Plinio explicaba por qué leer en público era un ejercicio beneficioso. La celebridad era sin duda un factor muy importante, pero también contaba el deleite de escuchar su propia voz. Justificaba esa autocomplacencia señalando que escuchar la lectura de un texto impulsaba al público a comprar la obra publicada, generando, de ese modo, una demanda que satisfacía tanto a los autores como a los libreros-editores[[16]](#footnote-16). Leer en público era, en su opinión, la mejor manera de que un autor adquiriera lectores. De hecho, leer en público era, en sí mismo, una forma rudimentaria de publicación. Como Plinio señaló acertadamente, leer en público era una representación, un acto realizado con la totalidad del cuerpo, para ser presenciado por otros. El autor que lee en público —entonces como ahora —, realza las palabras con determinados sonidos y las representa con determinados gestos; esta representación da al texto un tono que es (supuestamente) el que el autor tenía en mente en el momento en que lo concibió y, por lo tanto, proporciona al oyente la sensación de estar más cerca de las intenciones del autor; también da al texto un sello de autenticidad. Pero, al mismo tiempo, la lectura del autor también lo distorsiona, mejorándolo (o empobreciéndolo) con su interpretación.

[…]

Las lecturas públicas no sólo tenían lugar en Roma. Los griegos leían en público. Cinco siglos antes de Plinio, por ejemplo, Herodoto leyó uno de sus textos en los festivales olímpicos, donde se había reunido un público numeroso y entusiasta procedente de toda Grecia, y, de ese modo, se ahorró el tener que viajar de ciudad en ciudad. Pero en el siglo vi las lecturas públicas cesaron porque, al parecer, ya no existía un “público educado”. La última descripción que se conoce de una audiencia romana en una lectura pública se encuentra en las cartas del poeta cristiano Sidonio Apolinario, escritas en la segunda mitad del siglo v. Para entonces, como el mismo Sidonio lamentaba en sus cartas, el latín se había convertido en una lengua especializada, extranjera, “el lenguaje de la liturgia, de las cancillerías y de unos pocos eruditos”[[17]](#footnote-17). Irónicamente, la Iglesia cristiana, que había adoptado el latín para hacer llegar el evangelio “a todos los hombres en todos los sitios”, descubrió que ese idioma se había vuelto incomprensible para la vasta mayoría de los fieles. El latín se convirtió en parte del “misterio” de la Iglesia, y en el siglo xi aparecieron los primeros diccionarios latinos, destinados a los estudiantes y novicios para quienes el latín ya no era su lengua materna.

Pero los autores seguían necesitando el estímulo del contacto directo con el público. A fines del siglo xiii Dante sugería que la “lengua vulgar” —es decir, la vernácula—, era incluso más noble que el latín, por tres razones: porque era la primera lengua hablada por Adán en el Edén; porque era “natural”, mientras que el latín era “artificial”, puesto que sólo se aprendía en las escuelas, y porque era universal, ya que todos los hombres hablaban una lengua vulgar y sólo unos pocos sabían latín[[18]](#footnote-18). Aunque esta defensa de la lengua vulgar se escribió, paradójicamente, en latín, es probable que hacia el final de su vida, en la corte de Guido Novello de Polenta, en Ravena, el mismo Dante leyera pasajes de su Divina comedia en la lengua vulgar que había defendido con tanta elocuencia. Sí nos consta que en los siglos xiv y xv las lecturas de autores volvieron a ser habituales; existen muchos ejemplos tanto en la literatura secular como religiosa.

**\*\*\***

**ESCRITORES POBRES, LECTORES RICOS**

Irene Vallejo (2022). *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo.* Madrid: Siruela.

El acceso a los libros en el mundo romano era, sobre todo, una cuestión de contactos. Los antiguos forjaron su peculiar versión de la sociedad del conocimiento, basada en quién conocía a quién. La literatura antigua nunca llegó a crear un mercado ni una industria tal como hoy los entendemos, y el engranaje de circulación libraria siempre funcionó gracias a una combinación de amistades y copistas. Durante la época de las bibliotecas privadas, cuando un individuo rico deseaba un libro antiguo, lo pedía prestado a un amigo —si algún amigo suyo lo tenía— y ordenaba copiarlo a un empleado, a veces un esclavo propio, o a veces el esforzado amanuense de algún taller. A las novedades contemporáneas se llegaba por la vía del obsequio.

En aquellos tiempos, en que no había editoriales, cuando un autor daba su libro por concluido encargaba un determinado número de copias y empezaba a regalarlas a diestro y siniestro. La suerte de su obra dependía del perímetro y la importancia de su círculo de conocidos, colegas y clientes dispuestos a leerla, por afecto y sobre todo por compromiso. Nos cuentan que un rico orador llamado Régulo hizo realizar mil copias del espantoso texto que había escrito sobre su hijo muerto — Plinio comenta venenosamente que más parecía un libro escrito por un niño que sobre un niño— y las envió a sus conocidos por toda Italia y las provincias. Además, se puso en contacto con varios decuriones de las legiones romanas, pagándoles para que eligiesen entre sus filas a los soldados con mejor voz y organizasen lecturas públicas de la obra —una especie de presentaciones— en diversas regiones del imperio. Promocionar y difundir la literatura corría a cargo del escritor —si se lo podía permitir, como Régulo— o de sus aristocráticos protectores —cuando era un forastero desharrapado, como solía suceder—.

Había, claro está, personas que deseaban leer un libro recién publicado, pero no conocían personalmente al escritor y, por tanto, no estaban en sus listas de reparto. En esos casos, solo quedaba recurrir a alguien que sí estuviera en el circuito, y encargar una copia de su ejemplar. En cuanto el escritor empezaba a «distribuir» una nueva obra, el libro se consideraba ya del dominio público, y cualquiera podía reproducirlo. El verbo latino que hoy traducimos como «editar» —edere— tenía en realidad un significado más próximo a «donación» o «abandono». Implicaba dejar la obra a su suerte. No existía nada remotamente parecido a los derechos de autor o el copyright. En toda la cadena del libro, solo recibía un pago directo a tanto por línea quien realizaba la copia (suponiendo que no fuera un esclavo doméstico), al igual que hoy nos cobran por página cuando hacemos fotocopias. El doctor Johnson, gran ilustrado inglés, decía que nadie, salvo un cabeza de alcornoque, ha escrito jamás por otra razón que no fuera el dinero. Ignoramos de qué material estaban formadas las cabezas de los escritores antiguos, pero todos ellos sabían de entrada que no existía la más mínima esperanza de hacer dinero a través de la venta de volúmenes. En el siglo I, el humorista Marcial se quejaba: «Mis páginas solo gustan gratis». Desde su llegada a Roma, el bilbilitano había comprobado en sus propias carnes que la profesión literaria no era rentable, ni siquiera para un autor de éxito. Cuenta que cierta vez un desconocido ricachón lo abordó por la calle, señalándole con el dedo y con la mirada, como hacen hoy los cazadores de selfis con famosos: «¿No eres tú, sí, tú, ese Marcial cuyas maldades y chistes conoce todo el mundo?», le dijo. Y a continuación añadió: «¿Y por qué llevas un abrigo tan raído?». «Porque soy un mal escritor», respondió Marcial, con una retranca que anticipaba el futuro humor somarda aragonés.

¿Qué perseguía alguien como Cicerón al publicar sus discursos y ensayos? Expandir sus ambiciones sociales y políticas, aumentar su fama y su influencia; fabricar una imagen pública a la medida de sus intereses; asegurarse de que sus amigos —y enemigos— conocían sus éxitos. Algo parecido buscaban los mecenas que mantenían económicamente a brillantes escritores pobres: gloria, lucimiento, adulación. Los libros servían, sobre todo, para crear o afianzar el prestigio de ciertas personas. La literatura circulaba libre y voluntariamente, en calidad de regalo o préstamo personal, de unas manos a otras, entre individuos interesados, ayudando a demarcar un pequeño grupo de élite cultural, una comunidad íntima de gente rica donde se admitía, por su talento, a algunos protegidos de origen humilde o esclavo. A la intemperie, sin relaciones poderosas, tanto los lectores como los escritores se enfrentaban a una imposible supervivencia. Tras el origen forastero y servil de la cultura literaria, tímidamente habían empezado a surgir algunos escritores autóctonos, pero a condición de escribir en prosa sobre asuntos respetables como historia, guerra, derecho, agricultura o moral. Cicerón y César fueron las dos figuras más conocidas en esa primera cosecha republicana de autores romanos de buena familia. Frente a los poetas esclavos traídos del mundo griego, ellos eran ciudadanos que, además, escribían. Y lo hacían sobre temas serios. Al extranjero no se le habría permitido escribir sobre leyes o tradiciones patrias, pero tampoco estaba bien visto que un romano de buena familia dedicara su tiempo a la poesía —como a muchas personas en nuestros tiempos les parecería fuera de lugar que el jefe del Estado escribiese letras de canciones pop—.

Por eso, durante mucho tiempo existieron dos literaturas paralelas y contemporáneas. Por una parte, los versos que los esclavos o libertos griegos componían para agradar a sus cultos protectores aristocráticos, y, por otra, la obra diletante —siempre en prosa— de los ciudadanos respetables. «La poesía no está en un lugar de honor y si alguien se consagra a ella lo llaman pordiosero», escribió Catón el Viejo. Desde entonces, los titiriteros, músicos y artistas han mantenido esta fama de gentes de baja estofa, de Caravaggio a Van Gogh; de Shakespeare y Cervantes a Genet. En Roma, los ciudadanos de pleno derecho podían dedicarse a actividades artísticas y literarias si lo deseaban, siempre que fueran ocasionales y, sobre todo, desinteresadas. En cambio, pretender ganarse la vida con las letras era un afán poco decoroso para la gente de bien. Cuando los conocimientos se mezclaban con el ánimo de lucro, quedaban inmediatamente desprestigiados. Ya he dicho que, hasta los oficios intelectuales de mayor sabiduría, como la arquitectura, la medicina o la enseñanza, eran propios de clases bajas. Los maestros de la escuela antigua, en su mayoría esclavos o libertos, ejercían una tarea humilde y menospreciada. «Tenía orígenes oscuros», comenta Tácito de un individuo —un advenedizo — que había empezado su carrera ejerciendo ese oficio plebeyo. Los patricios y aristócratas valoraban el saber y la cultura, pero despreciaban la docencia. Se daba la paradoja de que era innoble enseñar lo que era honorable aprender.

\*\*\*

En ese universo de riqueza y alta sociedad donde la cultura empezó a arraigar, también había mujeres que coleccionaban libros. Gracias a las cartas de Cicerón conocemos a Caerellia, ávida lectora y propietaria de una biblioteca filosófica. Resulta que esa rica dama patricia consiguió, de alguna manera —tal vez recurriendo al soborno—, una copia pirata del tratado ciceroniano *Sobre el supremo bien y el supremo mal*, antes de que el autor pusiera oficialmente el libro en circulación. «Sin duda Caerellia rebosa un encendido entusiasmo por la filosofía», escribió un irritado Cicerón con tono sarcástico. El caso de esta lectora impaciente no fue una excepción. En las familias romanas de alto rango era frecuente encontrar mujeres muy cultas.

En el siglo II a. C., Cornelia, madre de los Gracos, dirigía en persona los estudios de sus hijos y se preocupaba por elegir para ellos a los maestros mejor preparados. Además, era la anfitriona de unas reuniones literarias que anticipan el salón francés de Madame de Staël, donde se reunían los políticos y escritores de la época. Sempronia, madre de aquel Bruto que asesinó a César, amaba la lectura, tanto en latín como en griego. Cicerón describe a su hija Tulia como *doctissima*. Una de las varias esposas —no simultáneas — de Pompeyo era muy aficionada a la literatura, la geografía y la música de la lira. Además, como Caerellia, «asistía con gusto a las discusiones filosóficas». Los aristócratas romanos solían dar educación a sus hijas. En general no las llevaban a la escuela, sino que preferían los preceptores privados en casa para mantener vigilada la castidad de las niñas. A los antiguos siempre les preocuparon los peligros de la calle para sus nobles cachorros. En un mundo donde la pederastia flotaba en el ambiente, todas las precauciones eran pocas. Por eso las familias nobles reservaban un esclavo para escoltar a los pequeños en sus trayectos cotidianos hasta el colegio —lo llamaban «pedagogo», paedagogus, que en origen significaba solo «acompañante del niño»—. Sin embargo, la solución doméstica también entrañaba sus peligros. Las relaciones entre un célebre maestro llamado Quinto Cecilio Epirota y la hija de su amo, a la que daba clases, despertaron un mar de murmuraciones en el siglo I a. C., y acabaron con el exilio del liberto libertino. A las mujeres les estaban vedados los últimos peldaños del conocimiento: la educación superior era un coto cerrado masculino.

Tampoco les permitían, como a los chicos, cursar un año de estudios en Atenas o Rodas, lo que venía a ser la beca Erasmus de aquel tiempo. Las chicas de buena familia no acudían a las clases de retórica, ni viajaban a Grecia para mejorar el idioma, ni hacían turismo en la Acrópolis, ni saboreaban la libertad lejos de sus padres. Mientras sus hermanos estaban admirando las estatuas griegas y disfrutando el amor griego, las adolescentes, a las que casaban muy jóvenes con hombres ya maduros, andaban a la caza de marido. Los antiguos pensaban que el matrimonio era para las mujeres lo que la guerra para los varones: el cumplimiento de su auténtica naturaleza. A lo largo de los siglos encontramos huellas de un debate acalorado sobre las ventajas y peligros de enseñar las letras a las chicas. La vida nocturna tuvo una importancia decisiva en esta controversia. Los griegos dejaban a las mujeres en casa e iban solos a los banquetes, donde les agasajaban hasta la madrugada hetairas contratadas. Las romanas, en cambio, asistían a las cenas fuera de sus mansiones, y por eso era importante para sus maridos que supieran mantener diálogos inteligentes con los demás comensales. Por este motivo, en los hogares aristocráticos romanos era posible encontrar mujeres orgullosas de su ingenio, su conversación y sus conocimientos.

Encontramos un reflejo ácido y caricaturizado de aquellas damas cultas en las sátiras de Juvenal. A finales del siglo I, el poeta cómico se lanzó a escribir unos versos que, según decía él mismo, nacían de la indignación. Era un humorista gruñón y reaccionario invadido por la nostalgia de un pasado inexistente. No es casual que conservemos tantos manuscritos medievales de sus Sátiras, pues los monjes adoraban sus apabullantes denuncias de la depravación humana —un material insuperable para sermones edificantes—. En uno de sus poemas, Juvenal advierte a los hombres de los tormentos del matrimonio. Presenta un catálogo de «maldades» femeninas: su lujuria con los gladiadores, sus infidelidades con extranjeros piojosos —«serás padre de un etíope, pronto llenará tu testamento un heredero negro que no podrás ver jamás a la luz del día»—, sus gastos extravagantes, su crueldad con los esclavos, sus supersticiones, su descaro, su mal humor, los celos… y la cultura («Es una pesada la mujer que al empezar la cena cita a Virgilio y lo coloca en la balanza con Homero. Se retiran los maestros, quedan derrotados los profesores, todos callan, ni el abogado ni el pregonero dirán ni palabra. Aborrezco a la marisabidilla que repasa y memoriza la gramática, manteniendo siempre las reglas y la norma del lenguaje, y que sabe versos que yo ignoro y corrige a la cateta de su amiga expresiones de las que ningún marido se preocupa»). El estallido misógino de esta sátira es tan virulento que algunos especialistas dudan si de verdad Juvenal era un carca vociferante o si daba voz a los argumentos más extremistas para ridiculizarlos.

Resulta casi imposible juzgar la seriedad o la ironía de un texto en la distancia de veinte siglos. En todo caso, el humor de Juvenal no habría triunfado si no hubiera ingredientes verídicos tras la burla. Es indudable que, a comienzos de nuestra era, el placer de la lectura había anidado en muchas mujeres romanas. Y algunas de ellas, enamoradas de la literatura y el lenguaje, eran capaces de poner en aprietos a sus maridos. Por primera vez hubo en las familias nobles madres e hijas ilustradas que conversaban, leían, conocían la libertad de los libros y sabían utilizar el poder indestructible —«como un dios o como un diamante»— de la palabra.

\*\*\*

¿Quién aprendía a leer y poseía libros en la civilización romana? Nada demuestra la existencia de algo remotamente parecido a la educación universal en la Antigüedad. Solo en la Edad Moderna, hace muy poco tiempo, algunos países han logrado una alfabetización generalizada, y no ha ocurrido de forma espontánea, sino que ha sido necesario un gran esfuerzo colectivo. Los romanos nunca intentaron universalizar las letras, ni crearon una escuela pública. La educación era voluntaria, no obligatoria. Y cara. Es difícil reconstruir el grado de alfabetización de la época, que oscila desde aquellos que escribían a duras penas su nombre hasta los que devoraban la enrevesada prosa de Tácito. Las destrezas de escritura y lectura no eran uniformes entre hombres y mujeres, ni entre regiones rurales y urbanas. Los expertos son en general cautos y vagos en sus conjeturas. El historiador W. V. Harris se atreve a ofrecer cifras precisas para la población de Pompeya, que quedó sepultada por la lava del Vesubio en el siglo I y donde se han podido estudiar en detalle los miles de grafittis y pintadas de las paredes —mensajes de gente corriente, como el anuncio del alquiler de una casa, declaraciones de amor, objetos perdidos, insultos y obscenidades varias parecidas a las que encontramos en las puertas de nuestros baños públicos, tarifas de putas, un hincha que anima a su gladiador favorito…—.

Según Harris, en aquella ciudad habrían estado en condiciones de leer y escribir menos del 60 por ciento de los hombres y menos del 20 por ciento de las mujeres; en total, no más de dos o tres mil pompeyanos. Aunque esas cifras puedan parecernos pobres, revelan un nivel de educación nunca antes alcanzado, y un acceso a la cultura más abierto que en ninguna época anterior. La vida de los niños de la clase privilegiada daba un vuelco cuando cumplían siete años. A esa edad abandonaban el cobijo de su casa, donde su madre los educaba y algún esclavo griego les enseñaba su lengua —como la institutriz extranjera de las novelas decimonónicas—.

Acabada la época del aprendizaje hogareño, debían afrontar una experiencia dura, incluso violenta. Hasta los once o doce años iban a padecer la didáctica obsesiva y monótona de la escuela primaria. Se insistía machaconamente en cada fase — las letras, las sílabas, los textos—, sin intentar atrapar la curiosidad del estudiante, con una absoluta indiferencia hacia la psicología infantil. Como en Grecia, el método era pasivo: la memoria y la imitación eran los talentos más valorados. Además, el maestro no solía hacer agradable el aprendizaje. Para todos los escritores antiguos, el recuerdo de la escuela está asociado a los golpes y el terror. En el siglo IV, el poeta Ausonio envió una carta a su nieto para animarlo a empezar sin miedo su nueva vida de colegial: «Ver a un maestro no es una cosa tan espantosa», le decía. «Aunque tenga una voz desagradable y amenace con ásperos regaños arrugando la frente, te acostumbrarás a él. No te asustes si en la escuela resuenan muchos golpes de fusta. Que no te perturbe el griterío cuando el mango de la vara vibre y vuestros banquitos se muevan por los temblores y el miedo». Supongo que estas palabras presuntamente tranquilizadoras le provocarían más de una pesadilla al pobre niño. Agustín de Hipona, que no olvidó jamás sus sufrimientos de colegial, escribió a los setenta y dos años: «¡Quién no retrocedería horrorizado y preferiría perecer si le dieran a elegir entre la muerte o volver a la infancia!».

El oficio de los maestros de primaria se denominaba en latín litterator, es decir, «el que enseña las letras». Aquellos pobres diablos, en general severos, desabridos y mal pagados —no debe asombrarnos que muchos cayeran en el pluriempleo—, han legado su nombre a la «literatura», otra profesión propensa a las penurias. Tampoco los establecimientos donde impartían sus clases eran precisamente monumentales: locales de alquiler barato, a veces simples pórticos separados de los ruidos de la calle y de los curiosos por delgadas cortinas de tela. Los alumnos se sentaban en sencillos taburetes sin respaldo y escribían sobre sus propias rodillas, pues no había mesas. Horacio los describe camino a la escuela «cargando en su brazo izquierdo la cajita con las piedras para hacer las cuentas y la tablilla para escribir». Ese fue el contenido de las primeras mochilas infantiles. Los niños necesitaban materiales baratos de escritura para sus tareas escolares, los dictados, las prácticas de caligrafía, los borradores. Como el papiro era una mercancía lujosa, las tablillas enceradas fueron, desde los romanos, el soporte de la escritura cotidiana e íntima de la infancia. En ellas aprendían a leer y en ellas plasmaban sus éxitos, sus amores, sus recuerdos. En general eran simples piezas lisas de madera o metal con un ligero vaciado, donde recibían un revestimiento de cera de abejas mezclada con resina. Sobre esa capa blanda se trazaban las letras con un estilete afilado de hierro o hueso. Por el otro extremo, el punzón acababa en una especie de espátula con la que alisar la cera y así poder reutilizar la tablilla o borrar una equivocación. El soporte permitía un reciclaje infinito, sencillamente cambiando la capa de cera. En el yacimiento de Pompeya han aparecido, casi intactos, dos retratos de mujeres pensativas con la punta de un stilus rozando su boca, como podría haber posado un intelectual del siglo XX con sus gafas, su cigarrillo y su barba esmeradamente descuidada. En el más conocido de los dos —que, fantaseando con una imagen inexistente, hemos bautizado como «la poeta Safo»—, una mujer joven medita con el estilete apoyado en los labios y las ceras sujetas en una mano, mientras su mente forja un verso. Cada vez que mordisqueamos la punta de un bolígrafo o de un lápiz, concentrados, con la mirada perdida, estamos perpetuando, sin ser conscientes, un repertorio de gestos tan antiguos como la escritura.

La mano de la joven Safo pompeyana sujeta un bloque de cinco o seis tablillas. Era habitual perforar pequeños orificios en una esquina de las tablillas para después atarlas con anillas, cordones o correas. A veces, se fabricaban dípticos o polípticos unidos por bisagras. Gracias a un gran depósito de material encontrado en Vindolanda, junto a la muralla de Adriano en Gran Bretaña, conocemos también la existencia de objetos del tamaño de un cuaderno, confeccionados con planchas de madera corriente o tiras de abedul plegadas como un acordeón. La madera se extraía de los árboles en primavera, cuando circula la savia por ellos y la madera es más flexible para que se pudiera doblar, como los modernos folletos desplegables. En estos conjuntos de tablillas encuadernadas como páginas de madera —en latín, codices—, encontramos el eslabón entre el pasado más remoto de la escritura y el presente. Fueron los precursores del libro tal como hoy lo conocemos. Las tablillas eran muy corrientes y tenían usos muy diversos. Numerosas actas de nacimiento y documentos de manumisión de esclavos —dos maneras de iniciar una nueva vida— se escribieron en ellas. También sirvieron para las anotaciones personales, la contabilidad doméstica y los apuntes comerciales de pequeños negocios, los archivos, las cartas y las primeras versiones de los poemas que todavía hoy leemos. En su manual erótico *El arte de amar*, Ovidio advierte a los amantes clandestinos que borren con mucho cuidado las frases comprometedoras antes de volver a utilizar una tablilla. Según el poeta, muchas infidelidades se descubrían por descuidos de este tipo —las ceras antiguas eran, al parecer, tan delatoras como los móviles de hoy—. El asunto causó, sin duda, bastantes disgustos a nuestros antepasados de la era predigital, ya que también el popular Kamasutra, de Vatsvâyâna dedica amplio espacio a instruir a las mujeres en el arte de ocultar las cartas incriminatorias de sus escarceos amorosos.

A veces las tablillas recibían una mano de yeso para escribir en ellas con tinta usando el cálamo, una caña rígida que terminaba en una punta hendida con un corte en el centro, como el plumín de las estilográficas. De esta forma, era más fácil para una mano poco experta dibujar las letras con palotes y líneas simples. El poeta Persio describe a un niño en edad escolar rezongando y desesperándose con cada goterón de tinta que caía desde la punta del cálamo y salpicaba sus ejercicios de caligrafía. Esa escena se ha repetido en las aulas durante muchos siglos, hasta un pasado muy reciente. Mi madre aún recuerda el paisaje de sus cuadernos escolares rociado con aquellas lágrimas negras. Yo, en cambio, pertenezco a la era del bolígrafo, invento genial del periodista húngaro László Bíró. Cuentan que a László se le ocurrió la idea básica —fabricar un nuevo instrumento de escritura con una bola de metal dura dentro de un hueco— mientras observaba a unos niños jugar con la pelota. Se dio cuenta de que el balón dejaba rastro al rodar tras haber pasado por un charco de agua. Imagino aquel partido de fútbol en una ciudad lluviosa —los gritos, las risas, el día gris, el suelo salpicado de espejos, las huellas húmedas de la pelota, como un nuevo alfabeto recién inventado—.

\*\*\*

Los lectores ricos de la Antigüedad tenían a su disposición los rollos más lujosos del mercado con los que proteger y agasajar sus ojos. La mayoría de los libros se elaboraban por encargo, y la calidad del producto artesano dependía, como en todas las épocas, del gasto que estaba dispuesto a afrontar el comprador. Para empezar, había distintas calidades de papiro. Como Plinio documenta, el más fino procedía de tiras rebanadas de la pulpa interior del junco egipcio. Si el coleccionista tenía la bolsa bien repleta, la caligrafía del copista sería más grande y bella, y el libro se leería con mayor facilidad y perduraría más tiempo. Imaginemos por un momento los rollos más hermosos, más refinados, más exclusivos. Los bordes de las hojas de papiro, alisadas laboriosamente con piedra pómez, se adornaban con una franja de color. Para reforzar la consistencia de los libros, se labraban unos bastoncillos llamados «ombligos», de marfil o maderas valiosas, a veces recubiertas de pan de oro. Los remates del ombligo eran unas empuñaduras muy adornadas. Los rollos de la Torá judía utilizados en las sinagogas mantienen vivo el aspecto de aquellos primeros libros. Para los judíos, los cilindros de madera con sus pomos —«árboles de la vida»— son imprescindibles por la prohibición ritual de tocar con la mano el pergamino o las letras de los libros sagrados.

Entre los griegos y romanos, acariciar el texto nunca fue sacrilegio, y los ombligos sencillamente ayudaban a desplegar y rebobinar el rollo con más facilidad. Los artesanos inventaron otros caros accesorios para bibliófilos caprichosos, como cajas de viaje y fundas de piel para preservar el papiro de las inclemencias. En los ejemplares de lujo, esa funda se teñía de púrpura, el color del poder y la riqueza. Sabemos que existía también un caro ungüento —el aceite de cedro— con el que untar el papiro con el propósito de ahuyentar a las polillas que devoraban palabras. Solo los aristócratas y patricios romanos podían presumir de bibliotecas tan fastuosas. Exhibían así el orgullo de su fortuna, como los que hoy se pavonean conduciendo un Rolls-Royce.

Los poetas, sabios y filósofos, salvo excepciones, no pertenecían a esos círculos privilegiados. Algunos de ellos miraban de reojo los bellísimos libros que quedaban fuera de su alcance y, rezongando entre dientes, escribían como venganza agudas sátiras contra los coleccionistas incultos. Ha llegado hasta nosotros uno de esos rencorosos libelos, titulado *Contra un ignorante que compraba muchos libros*: «Quien no obtiene ningún beneficio de los libros ¿qué hace al comprarlos sino dar trabajo a los ratones, guarida a las polillas y golpes a los esclavos que no los cuidan bastante? Podrías prestarlos a quienes harían más provecho, ya que no sabes qué hacer con ellos. Pero eres como el perro que, tendido en la cuadra, ni come la cebada ni deja que el caballo la coma, él que podría hacerlo». Esta obra maestra del cabreo y el insulto pinta con ira el paisaje de escasez anterior a la imprenta, cuando leer era, demasiadas veces, un signo de inmerecido privilegio.

\*\*\*

Durante mucho tiempo los libros circularon de mano en mano dentro de los círculos cerrados de las amistades y las clientelas más exclusivas. En la Roma republicana, leían las élites y sus satélites. Transcurrieron largos siglos en los que, a falta de bibliotecas públicas en la Urbe, solo podías posar los ojos en los libros si poseías un gran patrimonio, o si tenías habilidad para la adulación. Hacia el siglo I a. C. atisbamos por primera vez la existencia de lectores por placer, sin gran fortuna ni pretensiones sociales. Esa rendija se abrió gracias a las librerías. Sabemos que ya hubo comercio librario en Grecia, pero apenas poseemos datos para reconstruir la imagen de aquellos primeros tenderetes de libros. Acerca del mundo romano, en cambio, nos han llegado sustanciosos detalles (nombres, direcciones, gestos, precios e incluso bromas). El joven poeta Catulo —siempre fue joven, pues murió a los treinta años— cuenta una reveladora anécdota de amistad y librerías ambientada a mediados del siglo I a. C. Como precedente de nuestras inocentadas navideñas, a finales de un frío mes de diciembre, durante las fiestas saturnales, recibió un regalo en son de broma de parte de su amigo Licinio Calvo: una antología poética de los autores que ambos consideraban los más nefastos del momento. «Grandes dioses, qué horrible y condenado librito has enviado a tu Catulo para que se muriera de una vez», refunfuña Catulo. Y a continuación trama su venganza: «Esta fechoría no te saldrá barata, gracioso, porque en cuanto amanezca correré a los arcones de los libreros y compraré los peores venenos literarios para devolverte estos suplicios. Mientras tanto, volved allí de donde en mala hora salisteis, calamidad de nuestros tiempos, pésimos poetas». Por medio de estos versos juguetones descubrimos que en aquella época ya era una costumbre habitual regalar libros adquiridos en el mercado por las saturnales. Es más, el vengativo Catulo puede confiar en que, al alba del día siguiente, encontrará abiertas en Roma varias librerías donde comprar lo peor y más mortífero de la producción poética contemporánea, que le servirá para vengarse de la malicia de su amigo. Esas librerías madrugadoras eran, principalmente, talleres de copia por encargo. A esos establecimientos acudían sobre todo personas de baja estofa que no tenían ni siquiera un mal esclavo al que encomendar la tarea. Llegaban con un original bajo el brazo y ordenaban un determinado número de copias manuscritas, más o menos lujosas según sus posibilidades económicas. Los empleados del taller, en su mayoría esclavos, manejaban rápido el cálamo. El bilbilitano Marcial, que fue el gran adalid antiguo de la poesía breve, afirmaba que una copia de su segundo libro de epigramas —de treinta páginas en mi edición impresa— se hacía esperar tan solo una hora. Argumentaba así las múltiples ventajas de su literatura rápida y ecológica: «Lo primero, consumo menos papiro; lo segundo, mis versos los copia todos, el copista en una sola hora, y no es esclavo de mis bagatelas durante mucho tiempo; en tercer lugar, aunque el libro sea malo desde el principio hasta el final, solo dará la tabarra un ratito».

La misma palabra, librarius, designaba al copista y al librero, porque se trataba de un solo oficio. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran reproducidos de uno en uno, letra a letra, palabra por palabra. El precio del material y del trabajo eran constantes. Producir de una sola vez, como hacemos hoy, una tirada de miles de ejemplares no hubiera significado ningún ahorro. Más bien al contrario, elaborar muchos libros sin un comprador garantizado habría colocado al negocio en peligro de quiebra. Los romanos hubieran arqueado una ceja incrédula ante nuestros conceptos actuales de público potencial y ampliación de mercado. Sin embargo, la anécdota de Catulo da a entender que se podía acudir a las librerías en busca de algunas obras ya listas para su compra, sin necesidad de aportar el original —seguramente se trataría de un puñado de novedades y ciertos clásicos imprescindibles—. Los libreros empezaban a asumir un cierto grado de riesgo empresarial, ofreciendo libros prêt-à-porter de autores en quienes confiaban. Marcial fue el primer escritor que hizo gala de una relación amistosa con el gremio de los libreros. Seguramente él mismo, que siempre protestaba de la tacañería de sus mecenas, se surtiría de libros en las tiendas. Varios de sus modernísimos poemas contienen publicidad encubierta, tal vez pagada: «En el barrio del Argileto, frente al foro de César, hay una librería cuya puerta está totalmente llena de rótulos, de suerte que puedes leer rápidamente los nombres de todos los poetas. Búscame allí. Atrecto —así se llama el dueño de la librería— te dará del primer o segundo estante un Marcial pulido con piedra pómez y adornado con púrpura, por cinco denarios». A juzgar por el precio de cinco denarios que menciona el poeta para su flaco librito —un denario era el salario de una jornada de trabajo—, Atrecto y los escribas de su taller elaboraban productos de lujo, aunque suponemos que también fabricarían libros baratos para presupuestos más escuálidos. Junto con Atrecto, Marcial deja caer en sus versos los nombres de otros tres libreros: Trifón, Segundo y Quinto Polión Valeriano. Al último le dedica unas socarronas palabras de gratitud por mantener en venta sus libros primerizos: «Todas las fruslerías que escribí cuando era joven, lector, se las pedirás a Quinto Polión Valeriano, gracias al cual no perecen mis tonterías». Y publicita el negocio de Segundo, dirección incluida: «Para que no ignores dónde estoy en venta y no andes vagando de un lado a otro por toda la ciudad, sigue mis instrucciones: busca a Segundo, el liberto del culto Lucense, detrás del templo de la Paz y del Foro de Palas».

En una sociedad que no reconocía los derechos de autor, Marcial no recibía ningún porcentaje de la venta de sus libros en esas librerías —ni en ninguna otra—, pero quizá cobraba por anunciarlas dentro de sus poemas, lo que convertiría a nuestro poeta en el precusor romano del product placement de las series de televisión actuales. Es probable, además, que le gustase merodear por esas tiendas en sus horas de ocio y que quisiera inmortalizarlas en sus epigramas. Seguramente se sentiría más cómodo comentando los últimos chascarrillos literarios en compañía de aquellos inteligentes empresarios libertos que en las mansiones de los desdeñosos aristócratas que le hacían entrar por la puerta de servicio. Los poemas de Marcial nos ayudan a reconstruir cómo serían aquellas primeras librerías: establecimientos con letreros en las puertas y filas de nichos o estantes en el interior. Por analogía con algunos comercios pompeyanos preservados por la lava volcánica, imagino una tienda de libros recorrida por un mostrador macizo y con abigarrados frescos mitológicos en las paredes; una puerta trasera comunicaría la sala donde el dueño atendía al público con el taller en el que trabajaban a ritmo despiadado los esclavos copistas, encorvados hora tras hora sobre las páginas de papiro o pergamino, soportando con estoicismo el dolor de espalda y los calambres en los brazos.

Por medio de los libreros, los versos de Marcial empezaron a llegar a manos de lectores desconocidos, fuera del círculo de sus mecenas, y el poeta estaba encantado con esa nueva promiscuidad literaria. Otros escritores, sin embargo, vivían con miedo y pudor la apertura incontrolada a un público cada vez más amplio y sin rostro. Horacio confesó su timidez en una epístola donde dialoga con su propio libro. Riñe a su obra más reciente como si tuviera vida propia o, para ser exactos, como si fuera un joven efebo con demasiadas ganas de salir a la calle y exhibirse ante el público. La discusión se calienta y el poeta echa en cara a su presumida criatura que está deseando llegar a la librería de los Sosios para prostituirse: «Odias los cerrojos y sellos que agradan al pudoroso, te quejas de ser mostrado a pocos y alabas, a pesar de tu crianza, los lugares públicos. ¿Qué he hecho, pobre de mí?, dirás, cuando saciado se canse tu amante. Cuando, manoseado por el vulgo, empieces a ensuciarte». Detrás de estas bromas en clave erótica, late un cambio histórico del acceso a la lectura. Entre los siglos I a. C. y I d. C., nació en el Imperio romano un nuevo destinatario: el lector anónimo.

Hoy podría resultar triste publicar un libro que solo leerán parientes y amigos; para los autores romanos, en cambio, era la situación más habitual, segura y confortable. Abolir esas fronteras, aceptar que cualquiera podía asomarse a sus pensamientos y emociones a cambio de un puñado de denarios, fue una experiencia vivida como una traumática desnudez por muchos escritores. La epístola de Horacio anuncia el fin del monopolio aristocrático sobre los libros. Además, expresa una profunda desconfianza hacia un público de lectores extraños —e incluso plebeyos—, ajenos a sus relaciones, lejanos en el espacio y en el tiempo. El autor acaba amenazando al descarado librito con un destino humillante: «Servirás de pasto en silencio a las torpes polillas o te alcanzará la vejez en un pequeño rincón enseñando a los niños las letras, o en un paquete serás enviado a Ilerda (la actual Lérida)». A menos que el desvergonzado ejemplar se comporte con decencia, quedándose en casa y entre personas de confianza, sufrirá la insoportable vejación de convertirse en texto escolar o, peor aún, el ultraje de pertenecer a la biblioteca de un rudo lector hispano. Frente a la de Horacio, destaca la actitud abierta e irreverente de Marcial, nacido todavía más allá de Ilerda, en la celtíbera Bilbilis (hoy Calatayud) y, por tanto, desprovisto de prejuicios contra los provincianos. Empezaba una nueva época en la que ya no haría falta cortejar a los ricos para acceder a los libros. Marcial y los libreros aplaudían esta ampliación del campo de batalla.

\*\*\*

Ya desde tiempos de Marcial, los libreros ejercen un oficio de riesgo. El poeta pudo presenciar en Roma la ejecución de Hermógenes de Tarso, un historiador que molestó al emperador Domiciano con ciertas alusiones contenidas en su obra. Para mayor escarmiento, sufrieron también pena de muerte los copistas y libreros que pusieron en circulación el volumen maldito. Suetonio explicó la condena de estos últimos con unas palabras que no necesitan traducción: librariis cruci fixis.

Domiciano inauguró con esos crucificados un triste cómputo de opresiones. Desde entonces, incontables censores han aplicado el mismo método del emperador, castigando responsabilidades indirectas. El éxito del mecanismo represor estriba precisamente en extender la amenaza de represalias, multas o cárcel a todos los eslabones de la cadena de difusión (desde los amanuenses o impresores de antaño, al administrador de un foro o proveedor de internet). Amedrentar a esos agentes ayuda a acallar los textos incómodos, pues es poco probable que todos los involucrados estén dispuestos a correr los mismos riesgos que el autor, más visceralmente comprometido con la publicación de su propia obra. Por tanto, las amenazas a los libreros son parte esencial de esta guerra sin cuartel contra los libros libres. Casi nada sabemos de los libreros a quienes el emperador ajustició por copiar y vender la historia de Hermógenes, que tal vez ni siquiera les gustaba. Solo los salva del olvido una frase veloz de Suetonio, en un párrafo sobre el terror que instauró Domiciano. Aparecen y desaparecen al instante, dejándonos un regusto de curiosidad insatisfecha. Se les nombra por primera vez cuando mueren, y ahí queda todo. ¿Qué historia habrían contado ellos? ¿Qué penurias pasaron, y qué alegrías conocieron en su profesión? ¿Fueron víctimas de un escarmiento arbitrario o apoyaban el espíritu subversivo del autor del texto que les costó la vida?

1. Plinio el Joven, Lettres, I-IX, ed. A. M. Guillemin, 3 vols. (París, 1927- 28), VI: 17. [↑](#footnote-ref-1)
2. Incluso el emperador Augusto asistía a estas alturas “con buena voluntad y con paciencia”: Suetonio, “Augustus”, 89:3, en Lives of the Twelve Caesars, ed. J. C. Rolfe (Cambridge, Mass., y Londres, 1948). [↑](#footnote-ref-2)
3. Plinio el Joven, Lettres, I-IX, V:12, VII:17. [↑](#footnote-ref-3)
4. Ibídem, 1:13. [↑](#footnote-ref-4)
5. Ibídem, V 111:12. [↑](#footnote-ref-5)
6. Juvenal, VII: 39-47, en Juvenal and Persius: Works, ed. G. G. Ramsay (Cambridge, Mass., y Londres, 1952). [↑](#footnote-ref-6)
7. Plinio el Joven, Lettres, I-IX, 11:19. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ibídem, V: 17. [↑](#footnote-ref-8)
9. Ibídem, IV:27. [↑](#footnote-ref-9)
10. Horacio, “A Letter to Augustus”, en Classical Literary Criticism, ed. D. A. Russell y M. Winterbottom (Oxford, 1989). [↑](#footnote-ref-10)
11. Marcial, Epigrammata, 111:44, en Works, ed. W. C. A. Ker (Cambridge, Mass., y Londres, 1919-20). [↑](#footnote-ref-11)
12. Plinio el Joven, Lettres, I-IX, 1:13. [↑](#footnote-ref-12)
13. Ibídem, IX:3. [↑](#footnote-ref-13)
14. Ibídem, IX:23. [↑](#footnote-ref-14)
15. Ibídem, IX:11. [↑](#footnote-ref-15)
16. Ibídem, VI:21. [↑](#footnote-ref-16)
17. Erich Auerbach, Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spátantike und im Mittelalter (Berna, 1958). [↑](#footnote-ref-17)
18. Dante, De vulgare eloquentia, traducción y ed. Vittorio Coletti (Milán, 1991). [↑](#footnote-ref-18)